

Cuento: No

Tale: Not

Romina Magallanes

Licenciada en Filosofía

Doctoranda en Humanidades y Artes. Mención Literatura

Universidad Nacional de Rosario, Argentina

romina_magallanes@yahoo.com.ar

Artículo recibido el 05 de agosto del 2015

Aprobado el 26 de octubre del 2015

Borges me pone la piel de gallina. Hay un cuento, de mis preferidos, el título es “Tres versiones de Judas”. En la penúltima página, dice – creo, cito de memoria- “Dios se hizo hombre hasta la infamia. Pudo elegir para salvarnos cualquier destino. Puedo ser Alejandro, Pitágoras o Jesús. Eligió a Judas”. Comienza desde unos centímetros debajo de los codos, en el “pudo”. Cuando leo el final del acento de la “ó” y “a Judas”, los brazos, completos, debajo de los bíceps, donde me encanta que me acaricien, se estremecen, como si algo me hubiese picado, como si estuviera hundida en la nieve o saliendo del mar sin calor. Comienzan a moverse todos mis pelos y quedan erguidos y suaves, vibrando, como las cuerdas de mi violín después de frotarlas con resina. Dura eso. Eligió a Judas. Después leo y leo esa frase. Me gusta repetir.

Otra vez, me emborraché. Dormí, y soñé que Borges caminaba con el bastón por mis brazos; abriéndose camino por mis pelos. Como en un campo, en una brisa eléctrica, Borges avanzaba con dificultad y se llevaba el dedo índice a la boca y balbuceaba “shh”. Pedía silencio. Se pedía silencio. No sé si entendía que él provocaba esa incómoda situación suya de andar por ahí. Por mi brazo. Un brazo. Y después decía “no”. Yo me despertaba. El “no” me despertaba.

Pinté en una remera negra la palabra No. En realidad pinté la gloriosa frase de Bartleby, el escribiente del cuento de Melville, “I would prefer not to”. La pinté en color gris oscuro. Para que se notara apenas. Y el “no” lo pinté en color azul. Azul. No.

El “no” me ha salvado de estar loca. También los medicamentos. Claro. (También me persigue: la literatura me dice No, No, No. Salí de acá)

No.

En la escuela se me ocurrió llevar un “no” hecho de dos almohadones cocidos. Es una especie de escultura, de unos cincuenta centímetros de alto. La tela es rugosa y de todos colores. El relleno es de trocitos de goma espuma. Los chicos se disputan su tenencia. Lo abrazan, apoyan su cabeza, espían por el agujero de la “o”, se lo ponen de sombrero, o lo muestran como un cartel, o como un texto de comic, se sientan sobre él, lo miran, lo tocan, como un enigma o un juguete.

Les pregunto cuándo dicen no. Si dicen muchos no. Si les gusta el no. Que le digan no. No. No.

A veces, por alguno de ellos roza la sombra del copista impotente. A veces, por entre nosotros, yo lo veo únicamente, camina comiendo sus biscochos de jengibre. Tal vez sea mi ayudante. No. El preferiría no.

Desaparece. Aparece tirado en un rincón, algunas tiras de papel le cubren la cabeza. En los salones de escuela primaria hay muchos objetos colgantes con fines expositivos, didácticos. También se me pone la piel de gallina. Y siento que somos, él y yo, hijos de Saturno. Me vienen ganas de llorar. Si lloro en clase, no me importa. Les digo a los chicos que me emociona trabajar con ellos, lo que dicen. Y me trago alguna lágrima.

Es salada. De qué gusto son sus lágrimas. Pueden llorar ahora. El que puede llore y pruébelas. No. No. Gritan algunos levantando mi hermoso no escultórico. Si no pueden, cuando lloren, donde sea, cuando sea, recuerden probar.

No me gusta la expresión “piel de gallina”. No me gustan las gallinas. Sus patas. Sus picos. Puaj. Me gustan dos gallinas: El pollito de Clarice Linspector en “La legión extranjera”; y “La gallina degollada” de Horacio Quiroga.

Estoy tecleando y me debato entre ir a buscar a la biblioteca el cuento de Borges o ir a preparar la torta para el cumpleaños que hoy festejo en casa. Torta cuento, cuento torta, torta cuento. Nada. No.

Mañana, si un día más empiezo, con otro año empiezo, mañana le voy a contar a los chicos que dije No a todo. Y que ahora me ayuden a empezar de nuevo. Me enseñen ellos a hablar. Si dicen No, mejor.



Cuento: Los seres vivos y sus preferencias**Tale: Living beings and their preferences****Romina Magallanes**

Licenciada en Filosofía

Doctoranda en Humanidades y Artes. Mención Literatura

Universidad Nacional de Rosario, Argentina

romina_magallanes@yahoo.com.ar**Artículo recibido el 05 de agosto del 2015****Aprobado el 26 de octubre del 2015****Manuel Tudino**

Estudiante del ITA (Instituto técnico avanzado)

Instituto terciario Rosario, Argentina

manu.t.96@hotmail.com**Artículo recibido el 16 de octubre del 2015****Aprobado el 26 de octubre del 2015**

Hoy, en uno de esos atardeceres, nos preguntamos si un león ya saciado del antílope, sin embargo sigue comiendo porque lo deleita.

¿Le gusta?

Cristian dice que no. Que satisface su necesidad biológica y descansa unos días, sin comer:

- Imaginen si se va a quedar atiborrado y va a seguir comiendo, mientras se relame como un gordo. Una locura –sentencia.

Manuel se convenció, y me convenció hasta la pesadilla, de que al león le gustaba el animal y que comía por gula. Como adicto.

Jeremías pensaba. Todos esperábamos que dijera algo. Pero no lo hizo.

¿Le gusta al colibrí toda flor? ¿Por qué el delicioso sabor de las madre selvas, que aquí abundan, nos los desenchaja como sí otras enredaderas con menor dulzura? Se detienen cantidades y durante tanto tiempo en mis farolitos chinos que creo que son capaces de una especie de adicción por ellos. Incluso, pelean.

Manuel apunta que las palomas se vuelven locas con las moras. Locas.

- Comen tantas que defecan color mora y dejan manchas espantosas. No se pueden sacar.

(¿Serán esas manchas confesiones sobrenaturales que nos hacen llegar a los humanos? ¿Risas explosivas?)

Jeremías leyó desde su celular.

- El caballo pierde la cabeza por una hierba de la familia de las leguminosas, y a pesar de síntomas desagradables que padece como fiebre y úlceras, los caballos la buscan como locos.

Manuel se pone de pie y dice, con la gloria de la razón cibernética: “¡viste!”, “¡viste!”.

- No puede ser – expresa Cristian, inmovible (él es muy creyente en la ciencia).

Una prima de Manuel le da a su gato una mezcla de menta y orégano para que se tranquilice. Pero a veces lo pone muy nervioso. Imparable, causando los mayores desastres lúdicos. No obstante, siempre anda tras esa composición, escondida, por toda la casa. Ávido.

Manuel insiste –trabaja en un vivero- que existen ciertas plantas, de la misma especie, que son adictas al potasio, y otras, exactamente iguales, que no lo son.

¿Es que todos los vivos tenemos preferencias? ¿Preferimos sí y preferimos no? ¿Aún en el más misterioso y a-científico rincón de su ser, se agencia un gusto, un placer, un anhelo de un estado diferente al natural, obligatorio, obcecadamente genético, biológico, determinado?)

Jeremías, ahora, lee:

- “La orquídea se desterritorializa al formar una imagen, un calco de avispa; pero la avispa se reterritorializa en esa imagen. No obstante, también la avispa se desterritorializa, deviene una pieza del aparato de reproducción de la orquídea; pero reterritorializa la orquídea al transportar el polen (...) devenir avispa de la orquídea, devenir orquídea de la avispa. Deleuze y Guattari, en Rizoma”.

- ¿Y eso que tiene que ver? – inquiera Cristian, que odia la filosofía, mientras Jere, absorto, se pone a caminar.

Desde lejos, no lo vemos, Jere grita a Deleuze:

- “Sabiduría de las platas: incluso cuando tienen raíces, siempre hay una afuera en el que hacen rizoma con algo: con el viento, con un animal, con el hombre (...) ‘La embriaguez como irrupción triunfal de la planta en nosotros’”.

Manuel lo asegura, mientras suelta un poco de humo:

- Todos los seres vivos tienen su adicción.

Yo me quedo inquietísima, a pesar de toda la lluvia de refutaciones de expertos. Llena de preguntas, a pesar de básicos presupuestos, pero ahora –y todo lo cambia- traspasados de pura poeticidad.

Citar este artículo como: Magallanes, R. & Tudino, M. (2015) “Cuento: Los seres vivos y sus preferencias”.

En: Revista La Tercera Orilla (15). Bucaramanga: Universidad Autónoma de Bucaramanga.